

La democracia en el final de la historia

Vicente Sanfélix Vidarte

Si algunos teóricos de la postmodernidad extendieron el certificado de defunción de los grandes meta-relatos y, entre ellos, el de la filosofía de la historia,¹ con la caída del muro de Berlín y el consecuente desmoronamiento del bloque socialista cobró carta de naturaleza la tesis del final de la historia.²

Aunque ambas cuestiones están complejamente relacionadas —pues obviamente no es lo mismo decir que la filosofía de la historia ya no es posible, que defender que no es necesaria en tanto que ya se ha realizado—³ la que aquí nos va a interesar va a ser solo la segunda. Lo que queremos plantearnos es si la tesis del final de la historia sigue siendo a fecha de hoy, e inmersos como estamos en la primera gran crisis del capitalismo globalizado, defendible, y cuál es la situación de la democracia en esta coyuntura.⁴

1 Obviamente, estamos aludiendo al trabajo de F. LYOTARD (1984). *La condición postmoderna. Informe sobre el saber*. Madrid: Cátedra. La denuncia de la filosofía de la historia que Lyotard y otros autores postmodernos hicieron no venía a ser, en definitiva, sino la denuncia de un relato de la historia orientada por el presupuesto teleológico del progreso. El carácter cripto-teológico de la filosofía de la historia así entendida ya fue reprochado por Walter Benjamín en la primera de sus «Tesis sobre filosofía de la historia». Cf. W. BENJAMIN (1994). *Discursos interrumpidos*. Barcelona: Planeta Agostini. Esta misma versión está libremente disponible en la red: <http://www.elabedul.net/Documentos/Tesis.pdf>.

2 La referencia inevitable en este caso es la de F. FUKUYAMA (1992). *El final de la historia y el último hombre*. Barcelona: Planeta. Este famoso libro era, en realidad, el desarrollo de las ideas contenidas en un artículo de 1989 titulado, más cautamente, «¿El fin de la historia?», que se publicó en la revista *The National Interest*. El mismo, junto con otros textos de Fukuyama y de otros autores que discuten sus tesis, está libremente disponible en <http://firgoa.usc.es/drupal/files/Francis%20Fukuyama%20%20Fin%20de%20la%20historia%20y%20otros%20escritos.pdf>.

3 Ninguna de las dos, por otra parte, debe confundirse con la discusión filosófica, fundamentalmente de naturaleza epistemológica, acerca del estatuto de la historia como disciplina: la discusión acerca del estatuto de la *historia rerum gestarum* por contraposición a la discusión acerca del significado de las *res gestae* que es la que, en última instancia, está en juego en el debate acerca del final de (la filosofía de) la historia. Quizás conviniera, para evitar equívocos, reservar para la *historia rerum gestarum* el rótulo de «historiografía». Para una crítica de los puntos de vista popperianos —y positivistas— acerca de la misma Cf. V. SANFÉLIX (2008). «Anti-antihistoricismo», en A. J. PERONA (ed.): *Contrastando a Popper*. Madrid: Biblioteca Nueva.

4 Dejamos, pues, de lado la cuestión de si una filosofía de la historia sigue siendo posible e, incluso, deseable, como parece pensar, por ejemplo, Antonio Campillo, quien ha trazado inteligentemente la genealogía de la filosofía de la historia clásica a la vez que ha argumentado vigorosamente en favor de la necesidad de una nueva. Cf. A. CAMPILLO (2008). «La invención de la historia universal» y «Hacer lo (im)posible»; capítulos 2 y 4, respectivamente, de *El concepto de lo político en la sociedad global*. Barcelona: Herder.

Prima facie podría pensarse que el estallido de la crisis parece desafiar la tesis del final de la historia por cuanto tiene de acontecimiento⁵ imprevisto y novedoso. Pero esta apariencia podría ser sólo un espejismo, pues la tesis del final de la historia no implica tanto la imposibilidad de que se produzca lo inesperado cuanto la de que semejantes acontecimientos vengán a cuestionar la hegemonía de la economía de mercado o, y esto es lo que de manera especial nos concierne en este escrito, del sistema político de la democracia liberal que según los partidarios de esta tesis le corresponde a aquélla. De ahí que los defensores del final de la historia hayan podido compatibilizar su tesis acerca de la misma con el desencadenamiento de «acontecimientos» como las crisis económicas de ciertos países asiáticos o sudamericanos, la irrupción del terrorismo islamista, las guerras de Kosovo, Irak, Afganistán, los atentados del 11-S, etc.

Podríamos decir, pues, que la ocurrencia de uno o varios «acontecimientos» pueden servir para demostrar que sigue habiendo historia, pero no sirven para cuestionar la tesis del final de la Historia (con mayúsculas), con todo lo que ello comporta. Lo que se precisaría para cuestionarla, vamos a expresarlo siguiéndole el juego a Fukuyama, sería la ocurrencia de uno o varios «Acontecimientos» (igualmente con mayúsculas). Y el problema, entonces, consiste en dirimir si la actual crisis económica es o no uno de tales «Acontecimientos».⁶ ¿Amenaza la actual crisis económica el capitalismo y —cuestión que es la que especialmente nos concierne— la democracia liberal?

Escribiendo en 1999 en defensa de su tesis del final de la Historia, y por lo tanto de la vigencia de la democracia liberal, Fukuyama apuntaba algo que puede resultar de interés para empezar a plantearnos la cuestión. Decía entonces: «... los acontecimientos de los últimos diez años han desacreditado aún más al principal competidor (de la democracia liberal, se entiende)..., el denominado “modelo de desarrollo asiático”. La crisis económica que golpeó Asia ha demostrado la vacuidad del autoritarismo blando asiático, porque pretendía basar su legitimidad en el avance económico, y eso le hizo vulnerable en los periodos de crisis».⁷

Pues bien, ¿no puede ahora, que la crisis nos toca a nosotros en mucha mayor medida que a los asiáticos, decirse otro tanto respecto a la democracia liberal? No se trata, repárese, de que la crisis económica ponga en peligro su supervivencia —al fin y al cabo, tampoco la crisis económica de finales de los

5 La categoría de «acontecimiento» juega un papel fundamental en las teorizaciones de cierta izquierda intelectual. Es el caso, por ejemplo, de M. HARDT & A. NEGRI (2002). *Imperio*. Barcelona: Paidós.

6 «A primera vista resulta absurdo, e insultante para la memoria de aquellos que murieron el 11 de septiembre, declarar que este ataque sin precedentes no alcance el nivel de hecho histórico. Pero la forma en que yo utilicé la palabra historia, o, mejor dicho, Historia era distinta: se refería al avance de la humanidad a lo largo de los siglos hacia la modernidad, caracterizada por instituciones como la democracia liberal y el capitalismo.» «Seguimos en el fin de la historia» recogido en la web previamente reseñada, p. 23.

7 «Pensando en el fin de la historia diez años después», en ídem, p. 21

noventa terminó con el autoritarismo «blando» asiático— sino de que erosione su legitimidad. De hecho, la existencia de un déficit de legitimación del sistema político liberal es un tema tan recurrente y antiguo como la propia existencia de este tipo de sistema de gobierno, que ha dado lugar a diferentes propuestas para su sustitución o, más moderadamente, para su complementación: desde las teorías de la democracia participativa, más o menos inspiradas en la práctica revolucionaria de los consejos obreros,⁸ hasta las más recientes de una democracia radical o de una deliberativa.⁹

Lo novedoso es que la crisis, y esto parece difícilmente discutible,¹⁰ ha hecho que esta desconfianza hacia la democracia liberal trascienda los círculos más o menos estrechos de las élites intelectuales para empezar a difundirse por capas cada vez más amplias de la población quienes, por decirlo gráficamente con Beck, empiezan a percibir que las instituciones políticas se han convertido en «jinetes sin caballo».¹¹ Reflexionar, aunque sea brevemente, sobre las razones de este divorcio resultaría interesante. Por motivos de espacio señalaremos solamente algunas que nos parecen especialmente significativas dejando de lado las más obvias —aunque no menos importantes; nos referimos, claro está, al alto nivel de corrupción de la clase política de algunos países, entre ellos el nuestro.

La primera que queremos apuntar es de índole estrictamente política. Un síntoma del descrédito que amenaza a la democracia liberal podría colegirse del hecho de que el funcionamiento de la misma en la coyuntura crítica en la que nos encontramos permite, cada vez más, ser descrito en términos schmittianos; es decir, en los términos de uno de sus mayores críticos.

En efecto, la crisis ha venido a poner a los diferentes gobiernos de las naciones que la padecen ante situaciones parecidas a las que Carl Schmitt entendía como excepcionales, y enfrentados a ellas han venido a actuar tal y como el jurista y filósofo alemán prescribía, es decir: tomando decisiones soberanas que, por una parte, para nada tienen en cuenta, cuando no es que simplemente contradicen de lleno, los programas electorales por los que aquellos gobiernos fueron elegidos y cuyo acomodo en el orden jurídico vigente, por la otra, resulta muchas veces, por decir lo menos, problemático, cuando no es que constituyen una simple y llana modificación perentoria de este mismo

8 Piénsese en los casos de H. ARENDT (1993). *La condición humana*. Barcelona: Paidós, o de G. DEBORD (1999). *La sociedad del espectáculo*. Valencia: Pre-textos.

9 Cuyas principales referencias son, sin duda, Ch. MOUFFE (1999). *El retorno de lo político*. Barcelona: Paidós, y J. HABERMAS (1998). *Facticidad y validez*. Madrid: Trotta. Cf. para una visión general del asunto, D. HELD (2001). *Modelos de democracia*. Madrid: Alianza; igualmente, para una visión sinóptica, a la vez que clara y breve del asunto, el artículo de J. BAÑOS (2006). «Teorías de la democracia: debates actuales». *Andamios*, vol. 2, n.º 4.

10 Al menos en nuestro país. Basta reparar en que según las encuestas del CIS los políticos ya son el tercer problema más grave, sólo por detrás del paro y de los problemas económicos.

11 Cf. U. BECK (2000). *La democracia y sus enemigos*. Barcelona: Paidós, p. 16.

ordenamiento.¹² De este modo, la democracia liberal de los países en crisis va cada vez más adquiriendo un tinte delegativo, por utilizar el término acuñado por el politólogo argentino Guillermo O'Donnell,¹³ y menos representativo. El resultado es fácilmente comprensible en términos igualmente schmittianos: dado que en los sistemas democrático liberales la legitimidad pasa crucialmente por el carácter representativo de los gobiernos y el respeto de la legalidad, ésta no puede sino deteriorarse con la pérdida del uno o/y con la vulneración de la otra.

Sin embargo, y esto puede parecer paradójico, la acaparación, por no decir usurpación, de la soberanía por parte de los gobiernos de las naciones en crisis no impide que la población tenga cada vez más dudas sobre su efectiva capacidad de decisión. Ello obedece a una razón general que se vuelve todavía más aguda en el caso de los países que conforman la unión europea y, especialmente, en aquellos que adoptaron la moneda única, a saber: que esa situación de excepción que los mismos tienen que afrontar presenta aspectos de claro carácter global¹⁴ o que, por lo menos, escapan a los límites nacionales hasta los que alcanza la potestad de los gobiernos. Se llega entonces a generar la impresión, que a decir verdad parece bastante justificada, de que las instituciones electas carecen de efectiva capacidad de decisión, mientras que las instituciones que tienen esa capacidad -el FMI, el BM, el BCE, la Comisión Europea, etc.— no son elegidas, o al menos no son elegidas directamente, por nadie. En cualquier caso, todo redundará en un déficit de representatividad y, por lo tanto, de legitimidad, de las instituciones políticas de las democracias liberales sujetas a la crisis.

Si a lo recién apuntado hay que concederle alguna importancia para explicar la erosión de legitimidad de la democracia liberal que la crisis provoca, mucho más nos parece que debiera concederse a esta otra que queremos apuntar ahora de índole menos estrictamente política y más económico-social.

Parece difícilmente discutible si se analiza la historia social de la segunda mitad del siglo XX,¹⁵ que la legitimación de las formas democrático-liberales de gobierno vino de la mano de un pacto capital-trabajo que permitió el incremento paulatino del poder adquisitivo de las rentas salariales y, sobre todo

12 Recuérdese la reforma express de la constitución acordada por el PSOE y el PP. De Carl Schmitt remitimos especialmente a su primer trabajo sobre teología política, recogido en C. SCHMITT (2009). *Teología política*. Madrid: Trotta.

13 Cf. G. O'DONNELL, «Delegative Democracy?», texto libremente disponible en <http://kellogg.nd.edu/publications/workingpapers/WPS/172.pdf>

14 Lo que pone de relieve algo que se ha venido apuntando reiteradamente desde el advenimiento de la sociedad global: la obsolescencia del modelo estado-nación para afrontar los retos que la misma supone.

15 Antonio Campillo ofrece un rápido y condensado análisis de este período en su ensayo «Del estado soberano a la globalización del riesgo», recogido en su libro, ya citado, *El concepto político en la sociedad global*. Cf. p. 231 y ss. Lo que nosotros vamos a decir al respecto concuerda plenamente con su exposición.

en Europa, de la construcción de un Estado del bienestar que garantizaba la educación, la sanidad y una jubilación digna a sus ciudadanos; condiciones que permitieron la aparición en estas sociedades de una extensa clase media que, junto con otros factores tales como la creciente preponderancia del sector terciario en detrimento del primario y secundario, o dicho de otra forma: la reconversión de las sociedades industriales más avanzadas en sociedades de servicios, hizo que la lucha de clases se atemperara de tal modo¹⁶ que la estabilidad política de las mismas cobrara el grado que hasta hace poco hemos conocido.

Sin embargo, a partir del último cuarto del pasado siglo han acontecido (¿o han Acontecido?) una serie de hechos que han terminado por cuestionar este *statu quo*. En una lista no exhaustiva: la violenta ofensiva política neoliberal para reducir el papel del Estado,¹⁷ la desregulación de los mercados financieros,¹⁸ el desarrollo de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, que han puesto al orden del día la movilidad —por no decir fuga— de capitales, la caída del bloque socialista,¹⁹ la emergencia de la China «comunista» como gran potencia económica mundial... o, *the last but not the least*, la actual crisis.

En efecto, en los países azotados por la crisis sus gobiernos han terminado por adoptar —dejemos de lado los juicios de valor acerca de su buena o mala gana al hacerlo— una política de austeridad cuyos objetivos no son otros que

16 Hasta el punto de que muchos de quienes quisieron seguir viendo algo parecido a la persistencia de la antigua estructura social propia del capitalismo industrial optaron por dejar de hablar de «clases sociales» y pasaron a hacerlo de «estratos». Una vez más es Beck quien da una aguda caracterización del significado de estas teorías: «La alternativa a las clases fueron los estratos, es decir, unos macrogrupos que, en definitiva, se consideraban más incoloros y menos significativos políticamente, pero seguían reflejando la imagen, que es lo que se pretendía, de una estructura social parecida a una gran tarta, ahora con más pisos y más azúcar». U. BECK (2000). *La democracia y sus enemigos*. Barcelona: Paidós, pp. 19-20. La difuminación de las clases sociales tiene su reflejo en la variable identificación que la izquierda intelectual ha venido haciendo del sujeto revolucionario (o por lo menos contestatario): desde «la plebe» foucaultiana hasta «la multitud» hardtiano-negrista pasando por «el pueblo» de nuestro querido Agustín García Calvo. Cf. M. HARDT & A. NEGRI (2004). *Multitud*. Barcelona Debate; A. GARCÍA CALVO (1993). *Contra la paz. Contra la democracia*. Barcelona: Virus. M. FOUCAULT (1994). *Dits et écrits III*. París: Gallimard. Sobre este último, para estas y otras cuestiones relacionadas, merece la pena leer J. L. MORENO PESTAÑA (2011). *Foucault y la política*. Cienpozuels (Madrid): Tierradenadie.

17 Que tuvo en la baronesa Margaret Thatcher y en el cómico, reconvertido en político, Ronald Reagan sus primeros apóstoles.

18 Cuyos primeros pasos, como nos ha recordado Krugman, ya fueron dados por la Administración demócrata que comandaba Jimmy Carter. Cf. P. KRUGMAN (2012). *¡Acabad con esta crisis!* Barcelona: Crítica, pp. 71-72.

19 El viejo resistente Stéphane Hessel nos habla del «miedo terrible a una revolución bolchevique» que embargó a los propietarios, haciéndola responsable de su connivencia con el fascismo. Cf. S. HESSEL (2011). *¡Indignaos!* Barcelona: Destino, p. 27. Pero ese mismo miedo tuvo una influencia benéfica en la Europa de la postguerra. Antonio Campillo formula claramente la tesis que suscribimos: «... el clima de Guerra Fría y el temor a la Unión Soviética contribuyeron a que las clases propietarias del Occidente capitalista hiciesen importantes concesiones al movimiento obrero». Ob.cit., p. 232. No es, por los demás, el único que ha señalado esta conexión.

los de disminuir el déficit del Estado y aumentar la competitividad de sus economías; y para lograr ambos objetivos los medios han sido los recortes de las prestaciones sociales en educación, sanidad, pensiones, etc. y la propuesta de toda una serie de reformas laborales cuya consecuencia inmediata no es otra que el abaratamiento de los costes salariales (abaratamiento que el Estado ha conseguido directamente imponiendo a sus empleados rebaja tras rebaja de sus emolumentos).

Es decir, que la doble condición socioeconómica, base material de la estabilidad y legitimidad que el régimen político demócrata-liberal había ido ganando desde el final de la Segunda Guerra Mundial: el incremento del poder adquisitivo de las rentas salariales y el desarrollo de un sistema de protección social, han entrado en clara recesión. En su lugar, aumenta el porcentaje de la población que traspasa los umbrales tenebrosos de la pobreza, se depaupera lo que otrora fue clase media y, radicalizándose una tendencia que ya venía dándose desde antes de la crisis, aumenta la desigualdad económica.²⁰ El pacto capital-trabajo que permitió el desarrollo de las sociedades del bienestar parece roto. Hemos entrado en un juego de suma cero y no parece haber duda de quién lo gana y quién lo pierde. Lograda la desregulación del mercado financiero, la deslocalización y la movilidad casi libérrima del capital, éste aprovecha la crisis para asaltar las últimas trincheras que le quedaban por conquistar: la desregulación del mercado de trabajo y el desmantelamiento de las prestaciones sociales, dejando el camino expedito para convertirlas en fértiles campos donde florezcan nuevos y lucrativos negocios.

Todas estas consideraciones nos permiten comprender la razón que asiste a aquellos que alertaron contra la deriva culturalista de la izquierda.²¹ Por más comprensible que la misma fuera en los momentos de bonanza económica, ahora parece que hay reivindicaciones más urgentes que defender el derecho al reconocimiento de la diferencia. El problema está en que la izquierda tradicional no parece mejor armada para hacer frente a lo que está pasando que la izquierda postmoderna básicamente académica. Su larga connivencia con el sistema hace que el descrédito de éste le salpique igualmente a ella. Y los mismos cambios que nos han llevado hasta el capitalismo en su actual forma global, y que como hemos visto estrechan los márgenes de maniobra de los go-

20 Sólo algunos datos. Según el informe de Unicef «La infancia en España 2012-2013. El impacto de la crisis en los niños», el 26 % de la población infantil de nuestro país, unos dos millones doscientos mil niños, viven en una situación de pobreza relativa (el 21,8 de la población total está ya bajo el umbral de la pobreza); según el último informe de la fundación CYD la cifra de parados entre 25 y 64 años de edad con un título superior —base de las clases medias— se había multiplicado en España por 2,86 a finales de 2011 en relación con el último trimestre de 2007; y según el informe del Eurostat, en el 2009 la desigualdad interna en España creció hasta convertirla en el cuarto país de la Unión Europea donde es más acusada.

21 Zizek o Rorty, por ejemplo. Al respecto remitimos a F. MARTORELL (2011). «Cuando las partes devoran al todo: crítica al giro postmoderno de la emancipación a propósito de Rorty y Zizek». *Astrolabio. Revista Internacional de filosofía*, n. 1, pp. 302-316, <http://www.raco.cat/index.php/Astrolabio/article/view/239033/321305>.

biernos nacionales, afectan en no menor medida a las antiguas organizaciones de izquierdas. Ciertamente el número de los desposeídos aumenta, pero ello no los dota ni de la homogeneidad ni de la disciplina que estaba presupuesta en el concepto marxista de clase, piedra de toque, al fin y al cabo, de todas aquellas organizaciones, ya se pretendieran revolucionarias o reformistas, socialistas, comunistas o libertarias.

Ni los sindicatos ni los partidos políticos de izquierda tradicionales pueden contar con el retorno de una clase obrera homogénea en su composición y reivindicaciones. La fragmentación se mantiene igualmente, si es que no se acrecienta, entre los que están pagando la crisis. No es lo mismo ser autónomo arruinado que asalariado despedido; emigrante que nacional; empleado público que empleado de la empresa privada; obrero de una pyme que de una macro-empresa; desahuciado por no poder pagar la hipoteca que por no poder hacer frente al alquiler; joven recién ingresado en el paro que parado de larga duración... los gobiernos saben que esta fragmentación favorece su libertad de actuación y la trabajan a conciencia.²²

Pero aun suponiendo que de toda esta mezcla heteróclita se consiguiera hacer una masa resistente homogénea todavía quedaría por salvar la barrera más decisiva. La resistencia, es de suponer, iría contra los respectivos gobiernos... unos gobiernos que, según vimos, ya es dudoso que tengan capacidad para decidir qué políticas se aplican. Pero, realmente ¿resulta siquiera imaginable la puesta en pie de una solidaridad internacional aunque sea limitada al ámbito de la Unión Europea? ¿Resulta concebible que los sindicatos alemanes, franceses, británicos llamen a la huelga, ni siquiera a manifestarse, en solidaridad con los trabajadores españoles? ¿Acaso llamaron nuestros sindicatos y partidos políticos de izquierdas a la solidaridad con los asalariados griegos, portugueses o irlandeses, predecesores de nuestra actual desgracia?

En resumidas cuentas, que quizás el diagnóstico/lamento de que la izquierda está ausente —¡diagnóstico/lamento nada menos que del propio Fukuyama!—²³ pueda ser algo exagerado; lo que no nos lo parece tanto es que, por razones nada superficiales que tienen que ver, en última instancia, con el acaecimiento de profundos cambios sociales en los últimos treinta años, esta crisis pillará a la izquierda, por decir lo menos, con el pie cambiado.

Quizás sea ahora llegado el momento de cierta recapitulación y de esbozar alguna conclusión, aunque sea provisional, acerca de la cuestión que nos traíamos entre manos. Desde luego la crisis no parece ser el «Acontecimiento» que vaya a derribar la hegemonía de la democracia liberal. A fecha de hoy

22 Sin ir más lejos, en la manera en que distribuyen los subsidios de desempleo.

23 «The Future of History. Can Liberal Democracy Survive the Decline of the Middle Class?», PortVitoria, 5, enero 2012. Se puede encontrar una versión castellana en la Red. Por ejemplo, en <http://www.penultimosdias.com/2011/12/30/el-futuro-de-la-historia/>. El título del escrito, por otra parte, ya deja claro que habremos de volver inmediatamente sobre él. Aunque podamos disentir de su explicación idealista de las fallas que achaca a la izquierda, sus críticas a la misma no son baladías.

no parece haber alternativa disponible y deseable para la misma —aunque ello no quita para que deba estarse alerta ante las involuciones autoritarias que la crisis, como en su momento el 11S, puedan estar produciendo—. Y sin embargo, la crisis permite sacar consecuencias en el ámbito de la filosofía política. Si no hemos errado en nuestro diagnóstico, que ella viene a ser un eslabón especialmente significativo en una cadena de acontecimientos desencadenados en las tres últimas décadas cuyo resultado parece señalar en una y la misma dirección: el deterioro, cuando no su desnaturalización delegativa, de la legitimidad de esta forma de gobierno.²⁴

Pero esta conclusión —realista, creemos, más que moderada— en el ámbito de la filosofía política ya es suficiente, pensamos, para cuestionar seriamente la tesis del final de la historia. Pues como ya dejamos claro, ésta necesita, para quedar falsada, no que la democracia liberal desaparezca *de facto*, sino sólo que su legitimidad quede lo suficientemente erosionada (no digamos ya que se desnaturalice en formas más o menos delegativas). Y esto es, a nuestro entender, lo que está ocurriendo. Quizás ninguno de los acontecimientos a los que hemos hecho alusión —la desregulación de los mercados financieros, la ofensiva ideológico-política neoliberal, la irrupción del capitalismo en su versión informacional... en última instancia, el estallido de la crisis— aisladamente considerados puedan constituir el «Acontecimiento» que vuelve a reactivar la Historia. Pero todos ellos sumados, es nuestra tesis, ya la han reactivado. Al respecto, no deja de ser significativo que el mismo Fukuyama haya pasado a hablar del «futuro de la historia»²⁵ y que los peligros principales que ve para el plácido final de la misma que había imaginado sean, precisamente, el modelo chino de capitalismo autoritario y, sobre todo y especialmente, el rápido decrecimiento de la clase media en los países democráticos afectados por la crisis.²⁶ Y es que privada de su sustento socioeconómico, el término

24 Esta conclusión sería unilateral si no hiciéramos siquiera mención de otro fenómeno político de significado contrario. Nos referimos a la aparición de los movimientos de indignados como el 15 M en nuestro país o el *Occupy Wall Street* de los USA. La significación teórica de los mismos es a nuestro entender clara. Ellos constituyen una enmienda a la concreción liberal de la democracia desde la reivindicación, y sobre todo práctica, de los aspectos participativos y radicales de la misma. Aunque, como se demostró dramáticamente en nuestro país, no hayan tenido una repercusión electoral significativa, no pensamos que sea minusvalorable su influencia. Para empezar, ellos, y no las organizaciones tradicionales de la izquierda, son los únicos que han conseguido articular lo más parecido a una respuesta transnacional significativa de contestación a las consecuencias de la crisis. Para continuar, han logrado imponer buena parte de sus reivindicaciones en las agendas de los partidos políticos (aunque solo sea para rechazarlas). Para terminar, han contribuido de manera indiscutible en el descrédito de la clase política que se ha apropiado de los resortes de la democracia liberal amenazando con vaciarla de contenido. En suma, también ellos han puesto su grano de arena en la crisis de legitimación del sistema político vigente.

25 Volvemos ahora, como prometimos, sobre el texto al que remitíamos en la nota anterior.

26 Algunos de los datos y consideraciones que aporta y hace Fukuyama con respecto a los Estados Unidos son no menos significativos que los que hemos visto referidos a nuestro país: «Por lo demás, el economista Raghuram Rajan ha argumentado persuasivamente que, dado que los americanos son reacios a comprometerse con una redistribución clara, Estados Unidos ha intentado en su lugar una

«democracia» corre el peligro de devenir casi tan vacío como el calificativo «comunista» cuando éste se aplica al actual sistema chino.

No podemos, sin embargo, abandonar en este punto el análisis de la tesis del final de la historia, pues aún suponiendo que hayamos mostrado a satisfacción la debilidad de uno de los pies sobre los que se apoyaba —su puntal político: la indiscutible legitimidad de la democracia liberal— todavía nos queda por analizar su otro fundamento: la irrefragabilidad del capitalismo como modo de producción. Y, después de todo, cabe la posibilidad de que ambos estén intrínseca y profundamente interconectados.

De hecho, nuestra conclusión hasta aquí no debiera contentar a los espíritus izquierdistas sino, probablemente, todo lo contrario, esto es: llenarlos de inquietud. Pues lo que hemos argumentado —y creemos que es de lo que el propio Fukuyama ha terminado por cobrar cierta conciencia—²⁷ puede resumirse en lo siguiente: el Acontecimiento que pone en solfa la legitimidad de la democracia liberal no es ningún Acontecimiento revolucionario sino, básicamente,²⁸ la suma de acontecimientos que cristalizan en la aparición de un nuevo tipo de capitalismo (o, si se prefiere, de una nueva fase del capitalismo): el capitalismo postindustrial, global, informacional o como se prefiera denominarlo (por razones que se van a ver inmediatamente nosotros propondríamos denominarlo «oriental»). Un capitalismo especialmente depredador, de tierra quemada (y esta expresión debiera tomarse muchas veces literalmente), en el que para lograr el único fin realmente perseguido —no la ganancia sino el crecimiento constante de su tasa—²⁹ cualquier medio puede llegar a

forma muy peligrosa e ineficaz de redistribución durante la pasada generación, subsidiando hipotecas para casas familiares de bajos ingresos. Esta tendencia, facilitada por una inundación de liquidez llegada de China y otros países, dio a muchos americanos comunes la ilusión de que sus estándares de vida estaban ascendiendo de forma estable durante la década pasada. A este respecto, la ruptura de la burbuja inmobiliaria del 2008-2009 no fue sino una cruel reversión del significado. Los americanos hoy pueden disfrutar de teléfonos móviles baratos, ropas nada caras y Facebook, pero cada vez más no pueden permitirse sus propias casas, o un seguro de salud, o una pensión confortable al retirarse.

Un fenómeno aún más preocupante, identificado por el capitalista inversor Peter Thiel y el economista Tyler Cowen, es que los beneficios de las más recientes olas de innovación tecnológica han crecido de forma desproporcionada para los miembros con más talento y educación de la sociedad. Este fenómeno ayudó a causar el crecimiento masivo de la desigualdad en los Estados Unidos durante la pasada generación. En 1974, el uno por ciento de las familias más ricas se llevaban a casa el nueve por ciento del Producto Interno Bruto; el 2007, esa parte había ascendido hasta el 23,5 %».

27 Lo cual, dicho sea de paso, vendría a demostrar que nunca fue un simple neoliberal, a la vez que podría explicarnos su lento pero imparable alejamiento de las tesis más al uso de los neocons norteamericanos.

28 Básicamente no es únicamente. Ya hemos dicho lo que pensamos de la contribución que a este proceso han hecho los movimientos contestatarios frente a la crisis. Pero nótese que, como su descripción deja claro, estos han tenido una naturaleza reactiva. Es decir, han actuado, o al menos han actuado de una manera masivamente significativa, solo *post hoc*, donde el *hoc* refiere a la crisis económica.

29 Como oportunamente nos ha recordado Luis Arenas en su escrito, todavía inédito, «¡Es el capital, estúpidos!». Por lo demás, obviamente este fin no se presenta de esta manera descarnada a la plebe, multitud o pueblo. A ella, más bien, se le asegura que el objetivo es la creación de puestos de trabajo.

parecer permitido —desde la exención del cumplimiento de la ley antitabaco hasta la exclusión del mercado de trabajo de los asalariados que osen sindicarse—. Un capitalismo, en suma, que amenaza con revertir el sentido geoeconómico que hasta ahora tenía su expansión, pasando de la occidentalización de oriente³⁰ a la amenaza de la orientalización de occidente, es decir: una explotación más intensiva de la fuerza de trabajo con salarios individuales, y sobre todo sociales, más bajos.³¹

Si la democracia liberal amenaza con no ser sino una cáscara vacía; el capitalismo, por contra, ha adquirido, en su nueva versión, y a pesar de la crisis, o precisamente gracias también a ella, una pujanza hasta ahora desconocida. Y es que a nuestro entender, digámoslo ya, tampoco es esta crisis el Acontecimiento de consecuencias revolucionarias llamado a terminar con el modo de producción capitalista. En realidad, nuestro diagnóstico, digámoslo ya, es que la crisis no va a venir sino a sancionar el reajuste del poder que ya se venía produciendo en el seno de éste.³² Un nuevo reparto de poder en el que el sitio que por necesidad debe hacerse a las potencias económicas emergentes —con China a la cabeza— deben dejarlo libre muchos de los países más severamente afectados por ella.³³

Podemos llegar ahora a una conclusión con la que poner punto final a este escrito. La tesis del final de la Historia defendía que la democracia liberal y el modo de producción capitalista eran los horizontes políticos y económicos irrebasables para la humanidad. Lo que la actual crisis económica viene, a nuestro entender, a poner al descubierto es que el desarrollo global de éste erosiona gravemente la legitimidad de aquélla. El problema de fondo, en última

30 «La burguesía somete... el Oriente al Occidente», habían escrito ya Marx y Engels en *El manifiesto comunista*. Cf. K. MARX & F. ENGELS (1992). *La cuestión judía (y otros escritos)*. Barcelona: Planeta, p. 252.

31 Una posibilidad, por cierto, que no pasó desapercibida a Marx, quien previendo que el desarrollo, hoy diríamos global, del mercado capitalista llevara a una competencia cosmopolita entre los trabajadores concluye: «... ya no se trata simplemente de lograr que los salarios ingleses desciendan hasta el nivel de la Europa continental, sino de hacer que, en un futuro más o menos cercano, el nivel europeo de los salarios baje hasta el de China». K. MARX (1973). *El Capital*. México: FCE, vol. 1, p. 506. Es en este punto en el que, a nuestro entender, Fukuyama se equivoca de medio a medio. La amenaza de China para occidente no es política —argumentar que nadie en occidente desea adoptar el «comunismo» chino como modelo de régimen político es una obviedad tal que no merece ni siquiera consideración— sino económica. Es su versión del capitalismo la que se adivina como tendencia hacia la que la fuerza de los mercados atraen.

32 De hecho, y por volver sobre el tema de las clases medias, hay que decir que a nivel global estas no decrecen sino aumentan. Y es que mientras se someten a una dura dieta adelgazante en la vieja Europa o en los Estados Unidos, crecen vigorosamente en los países emergentes. Véase el artículo de A. ORTEGA, «El declive de las clases medias», publicado en *El País*, edición del 1 de julio de 2012. Otra cosa distinta, dada la ambigüedad del término «clase media», es si esas nuevas clases medias tienen las mismas características que las europeas-norteamericanas.

33 Como el nuestro. ¿Alguien se acuerda ya de las pretensiones aznaristas de que España entrara en el selecto grupo del G 8? Hoy a duras penas recibe Rajoy una invitación para participar en las reuniones del G 20.

instancia, es que el presupuesto que subyace a la tesis optimista del final de la Historia, y que no es otro que la correspondencia entre democracia liberal y capitalismo, no parece sostenerse. La economía manda sobre la política imponiéndole su lógica. Que ésta consiga embridar aquélla es el reto. Un reto en el que se juega el futuro no sólo de la democracia liberal sino de la democracia *tout court*.

**LA FILOSOFIA ANTE EL OCASO DE LA
DEMOCRACIA REPRESENTATIVA
Pluralismo, consenso, autoritarismo**

Ángela Sierra González y Francisco José Martínez (eds.)

Directora de la serie: Ángela Sierra González

Primera edición: noviembre 2013

© Ángela Sierra González, Francisco José Martínez, Manuel Artime, Gabriel Bello Reguera, Guiseppe Bentivegna, Ascención Cambrón, Domingo Fernández Agis, Dora Elvira García G., Antonio García Santesmases, Carmen González Marín, David Hernández Castro, Gerardo López Sastre, Eugenio Moya, Vicente Sanfélix Vidarte, Luís G. Soto

© de esta edición: Laertes S.A. de Ediciones, 2013
C./ Virtut 8, baixos - 08012 Barcelona
www.laertes.es

ISBN: 978-84-7584-911-9

Depósito legal: B-26529-2013

Fotocomposición y diseño cubierta: JSM

Fotografía de la cubierta: Álvaro Minguito

Impreso en: Arvato Services Iberia, S.A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual, con las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Impreso en la UE

Índice

Introducción, de Ángela Sierra González	9
Manuel Artime Sobre las complejas relaciones de democracia, autoritarismo y memoria. Consideraciones al hilo del relato liberal español	13
Gabriel Bello Reguera El giro filosófico rortyano: Del autoritarismo a la democracia	33
Giuseppe Bentivegna La función social de la filosofía en la democracia contemporánea	47
Ascensión Cambrón Ética: indignación moral y derecho a la protesta	55
Domingo Fernández Agis Filosofía y poder. Control, seguridad, transparencia	69
Dora Elvira García G. Filosofía y cultura pública contemporánea: ciudadanos plurales y democracias diversas	85
Antonio García Santesmases Liberalismo y socialdemocracia hoy	97
Carmen González Marín Democracia, transparencia y verdad	105
David Hernández Castro La filosofía ante el ocaso de la democracia moderna. Autoritarismo, represión y tecnocracia	115
Gerardo López Sastre La no tan larga marcha desde Confucio a la democracia	135

Francisco José Martínez

Populismo y democracia: por qué los llamados populismos
de izquierda no son populismos. 145

Eugenio Moya

La emergencia del Quinto Poder
(pronet@riado, parresía y democracia virtual) 157

Vicente Sanfélix Vidarte

La democracia en el final de la historia 179

Ángela Sierra González

La filosofía y la democracia post-utópica. 191

Luís G Soto

Deuda, contrato, democracia.
Una aproximación y una proyección aristotélicas. 211

Relación de autores 223